

CRI CRÍ, EL GRILLITO

Nadie lo entendía, menos su mamá. Él no quería ir a la escuela, no le interesaba jugar con los niños de la vecindad donde vivía, le daba igual si le daban de comer o si lo dejaban en ayunas por no hacer las tareas. A él sólo le interesaban los animales, no los grandes: los perros, los gatos. A él le interesaban los pequeños: las hormigas, las arañitas, los mayates que vienen a fin de mayo. Se moría por ver en vivo a una luciérnaga. En una caja que escondía tenía dos cucarachas de color café, una mariposita amarilla que murió al siguiente día de estar encerrada, dos cochinillas, dos escarabajos. Le gustaba guardarlos por pares para ver si se reproducían como les comentó la maestra de biología de su escuela. Y no para verlos reproducirse sino para tener más insectos. ¡Si no pasas este año te voy a mandar al rancho! Ahí verás lo que es bueno. Nada de estar echado en la cama como tú. Allá tienes que cargar, que abrir la tierra, que cuidar a los animales y todo bajo el sol, sin agua ni comida! Él hubiera preferido que lo que le gritaba su madre se cumpliera pero sabía que eran puras amenazas. Para él irse al rancho sería un premio y no un castigo. Allá sí que habría animales de todo tipo y con suerte hasta luciérnagas. Su sueño era juntar muchas y meterlas a un frasco de vidrio para que le sirvieran de lámpara para leer en la noche. En un cuento decían que un niño hizo una linterna con las luciérnagas y no se perdió en el bosque como quería la bruja de su tía. Aquí la bruja era la madre. Lo único que le faltaba era la escoba para volar y la verruga en la nariz. En todo lo demás era igualita. Por algo se fue su papá hace tiempo o al menos eso pensaba cuando se acordaba de él que no era muy seguido. Y eso de acordarse de él era muy relativo. No tenía ni la menor idea de cómo era su voz. La que hablaba y sigue hablando todo el tiempo es su mamá. Tampoco se acuerda haberlo visto hacer algo que no sea estar sentado horas y horas frente a la televisión viendo todo: deportes, programas cómicos, entrevistas, noticieros, anuncios. Sobre todo veía, igual que todo el mundo, anuncios. El padre no se despidió de él ni le dio consejos ni le prometió verlo algún día más adelante. Solamente desapareció. La madre la agarró contra él. Le echó la culpa de que su marido ya no estuviera junto a ella. Juró que él la amaba más que a nadie pero que no soportaba la idea de tener un hijo flojo y mentiroso como era él pero que algún día diosito lo iba a castigar. Ya bastante castigo era tener una madre como esta, pensaba el niño, qué otro castigo me pueden dar. Y corría a

refugiarse entre sus insectos. Gozaba viéndolos caminar, ir de un lado a otro, comer. Algún día se puso la caja junto al oído para tratar de escuchar lo que seguramente hablaban las cucarachas entre sí o los escarabajos. Si escuchó ruidos pero no palabras.

Cuando el casero avisó que iba a subir la renta fue la primera vez que su madre le pegó. Antes nunca lo había hecho. Gritos sí, desde que era chico, pero golpes jamás. Y no se contentó con pegarle sino que también le grito cientos de veces que era un inútil. A la mejor no fueron cientos pero a él se le hicieron muchísimos, no solamente cientos sino miles de veces. ¡Inútil! ¿Inútil por qué? Si ayudo en todo en la casa, voy a los mandados, lavo los trastes, hago mis tareas, casi no veo la tele, hago mi cama y algunas veces la de ella.

Dicen que todo lo que bien principia continúa después. Y sí. A partir de esa fecha los golpes se daban por cualquier causa, porque llovía, porque hacía frío, porque se cortó la leche, porque no alcanzaron las tortillas, porque se le olvidó decir a la mamá que tenía que mandar diez pesos para algo de la escuela. Golpes y la palabra inútil. Inútil mañana, tarde y noche. Inútil por todo. Como si no hubiera otras palabras, otros insultos. Hubiera preferido que lo llamara cabroncito como Julia llama a su hijo en la casa de al lado o pinche niño, pero no inútil. Él no era ningún inútil. Se lo dijo a la madre y en respuesta recibió una cachetada seguida del grito de inútil.

Tengo que demostrarle que soy todo lo contrario de lo que piensa, se dijo para sí. ¿Pero cómo? Tengo que hacer algo especial, algo que la asombre. A partir de ese momento en lugar de insultarme como lo hace me presentará a sus amigas como su hijo brillante. Fíjate que mi hijo hizo... ¿Pero qué es lo que puedo hacer? ¿Trabajar más en la casa? Ni se va a fijar en eso. ¿Buscar un trabajo? ¿Dónde y de qué? ¿Entrar a un programa de tele? ¿Cómo lograrlo? Pensó en donar sangre para los pobres pero pronto se informó que los niños no pueden hacer eso. Nada se le ocurría que pudiera hacer pero tampoco estaba decidido a seguir escuchando toda la vida la palabra inútil.

Fue al rancho con su madre que prefirió llevarlo que dejarlo solo en la vecindad. Eres capaz de no sé qué, le dijo, si te deajo acá. Y lo llevó a visitar a la abuela que estaba enferma. Cuando la tuvieron que bañar le pidieron que saliera del cuarto, que se fuera a dar una vuelta afuera. Y ahí fue donde encontró al grillo. Un grillito verde. Rápidamente trató de agarrarlo. El grillo saltó. Nuevo intento y nuevo brinco. Y así los dos saltaron de un lado a otro, de la tierra al pasto, de lo plano a lo elevado. Hacía mucho que no disfrutaba como en ese momento. Al fin pudo atrapar al grillo. Con cuidado lo envolvió en una servilleta de papel y se lo guardó en la bolsa del pantalón procurando que no se

lastimara o le pasara algo. Ya en su cuarto, de regreso, colocó al grillito en la caja. Ese día durmió feliz.

A la maestra de biología le preguntó lo que comen los grillos y a la salida corrió al parque que estaba cerca para traer hojas y más hojas de todo tipo de plantas. También puso una tapa de refresco con agua por si el animal tenía sed.

Si por él fuera ya no iría a la escuela ni ayudaría en su casa. El podría pasarse el día entero contemplando a su grillo. A los demás insectos los dejó libres pues ninguno tenía la gracia ni los colores de éste. Al tercer día decidió bautizarlo. Echándole unas gotas de agua le puso el nombre de Cri Crí, igual que el grillito cantor que hizo sus delicias cuando era más pequeño. “¡Quién es el que anda aquí, es Cri Crí, es Cri Crí! ¿Y quién es ese señor? El grillo cantor” Esa canción la cantó en su casa, en la escuela. Alguna vez la oyó en la tele y en el radio. Ahora él tenía su propio Cri crí. No era cantor pues nunca hizo el menor ruido pero era más bello que el otro.

Observando al grillo se le ocurrió que podía hacer algo con él, algo especial. Sí, por qué no. El había visto a perros bailarines, gatos equilibristas, pericos que cantan, focas que juegan con pelotas, pingüinos que bailan, elefantes que se paran en dos patas. El tendría que inventar algo para su grillo. Y cuando supiera hacer lo que le iba a enseñar, que todavía no estaba claro, le iba a demostrar a la madre que no era un inútil.

Semanas enteras le tomó entrenar al grillo. Le enseñó a hacer un salto con triple vuelta, a brincar para atrás, a brincar más de dos metros de altura. Día a día el grillo le obedecía más y más. Y así como el grillo obedecía él iba enamorándose más del insecto. Nunca había querido a nadie así. ¿A quién pudo querer? Ni modo que a la madre o al padre o a la maestra que siempre lo regaña. Tampoco podía querer a los niños de la vecindad que le pegaban. Sí quiso a sus otros animalitos, pero nunca como a éste. Si no estaba con él pensaba en él. En sus cuadernos lo dibujaba una y otra vez. Con plastilina hizo un grillito, más bien feo y no tan parecido pero la intención es lo que valía.

Al fin estaba listo para demostrar a la madre que no era un inútil. El golpe que le propinó el día anterior fue más violento que las otras veces y el grito de inútil le entró hasta el alma. Hoy le demostraría que no era eso. Con lo que enseñó al animal iba a ganar dinero en la tele, mucho dinero. A ver si después se iba a atrever a pegarle y gritarle lo inútil que era. Y si se atreve a hacerlo me largo de la casa, pensó para sí. Ya la veo rogándome para que regrese con todo y Cri Crí.

Después de comer limpió más que nunca la mesa, lo hizo con un trapo húmedo. La madre le preguntó que qué milagro que limpiara bien. El contestó que le iba a

enseñar una cosa para que viera que no era un inútil. La madre sonrió. El niño fue a su cuarto y trajo la caja. La colocó sobre la mesa. La madre intrigada se acercó y preguntó que qué traía ahí. Una sorpresa, le dijo el niño. Abrió la caja, sonriendo tomo al bicho y lo colocó sobre la mesa. Te presento, empezó a decir, señalando al grillo, cuando la madre pegó un grito y de un manazo aplastó al animal. Niño malo, le gritó, querías asustarme. Eso es lo único que sabes hacer en la vida, lo malo. Saca de aquí este animal. Eres un inútil. ¡Inútil!

Tomás Urtusástegui

Mayo 2005